

Ficciones culturales

Žižek, S. *En defensa de la intolerancia*, trad. Javier Eraso Cevallos y Antonio Antón Madrid, Sequitur, 2007, 125 páginas.

¿Alguna vez les han contado un chiste y, a pesar de no haberlo entendido, han simulado reírse? Supongan que el chiste en realidad no tuviera gracia, pero que todo el mundo, por no admitir no haberlo entendido, contribuyera a mantenerlo en circulación. Supongan que, de hecho, el chiste hubiera sido inventado y difundido por alguien que pretendiera deliberadamente que no tuviera gracia y que, pasado un tiempo, hiciera público el engaño. Pues bien, algo así ocurrió cuando, a mediados de los años noventa, un físico teórico de la Universidad de Nueva York envió un artículo de título pomposo a una revista cultural norteamericana de moda y ésta lo incluyó en un número especial dirigido a rebatir las críticas científicas contra el posmodernismo y el constructivismo social.¹ En ese momento los editores no eran conscientes de hasta qué punto se les había colado un caballo de Troya en su publicación. Como es sabido, Alan Sokal, el autor, no tardó en reconocer que su artículo era en realidad una parodia de ciertos productos académicos posmodernos de estilo característicamente rebuscado y pedante. Las reacciones no se hicieron esperar, entre éstas, las que denunciaron la broma como una nueva acción de la derecha académica. De nuevo, mala suerte: tanto Sokal como Jean Bricmont –coautor junto a Sokal del célebre libro en el que se explica y amplía la broma–² resultaron ser viejos militantes de la izquierda en sus respectivos países. En cualquier caso, no eran ni los primeros en criticar, desde la izquierda, los excesos de ciertos productos académicos deliberadamente opacos y elitistas. En una entrevista de hace ya algunos años, Chomsky comentaba cáusticamente que ello «forma parte del juego al que juegan los intelectuales: las cosas deben parecer complicadas. (...) es un modo de obtener prestigio, poder e influencia».³

¹ Sokal, A. «Transgressing the Boundaries: Toward a Transformative hermeneutics of Quantum Gravity», en *Social Text*, 46/47.

² Bricmont, J. y A. Sokal, *Imposturas intelectuales*, trad. J. M. Guix Vilaplana, Barcelona, Paidós, 1999.

³ Chomsky, N., «El dominio y los intelectuales», en *Archipiélago*, 66, p. 52.

Pues bien, el libro que a continuación me dispongo a reseñar incurre en muchos de los excesos denunciados por Bricmont, Sokal y Chomsky: abunda en neologismos y en conceptos prestados que son arrojados a la cara del lector sin mayor explicación, carece de una estructura clara y ordenada y parece más dirigido a provocar –comenzando por el título– que a convencer, más dirigido a lucirse con juegos de palabras –un ejemplo: «con el tiempo acabaremos todos no sólo vistiendo camisetas *Banana Republic*, sino viviendo en repúblicas bananeras» (56)– que a argumentar con precisión. Resulta previsible, pues, que quien esté inmunizado por el antídoto Sokal se disponga a pasar olímpicamente de largo ante este libro. Y sin embargo, y esto es lo que voy a sostener en esta reseña, quizá se precipite al hacerlo. En primer lugar porque los argumentos de Žižek no parecen especialmente impostados, al menos si los comparamos con los de algunos de sus compañeros habituales de viaje –y de hecho, en el reciente documental que lleva su nombre, el esloveno tacha de ridículo, falso y «pura gestura» el estilo de quien es su principal influencia, el psicoanalista Jacques Lacan (*charlacán*, que decía Manuel Sacristán)–.⁴ Pero principalmente porque, a pesar de las perplejidades y recelos que suscita, *En defensa de la intolerancia* (EDI) contiene algunas ideas suficientemente interesantes sobre el liberalismo multicultural que nos ha tocado vivir como para detenerse un instante y prestarle atención.

Slavoj Žižek no necesita una excesiva presentación entre los lectores de habla castellana. Las librerías dan fe de ello: en menos de diez años se han traducido al castellano más de veinte libros suyos. El esloveno es bien conocido, desde luego, en Argentina –EDI recoge y amplía, de hecho, un artículo previamente publicado en la *New Left Review* y ya traducido al castellano por la sección porteña de Paidós–.⁵ Pero también en España, donde sus novedades editoriales son exhaustivamente promocionadas por el grupo Prisa.

En el libro que nos ocupa, el último por el momento en traducirse al castellano, el esloveno pretende, como objetivo principal, situar el papel que en su opinión la tolerancia multicultural juega en relación a

⁴ Taylor, A., *Zizek!*, Alemania, 2007.

⁵ Žižek, S. «Multiculturalism, or the Cultural Logic of Multinational Capitalism», en *New Left Review*, 225, 1997. Jameson, F. y S. Žižek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, trad. G. Macri, Buenos Aires, Paidós, 1998.

la despolitización actual de la economía, ya sea en la forma del desmantelamiento del estado social o de la asunción, tras la debacle comunista, de que el capitalismo «está aquí para quedarse» (59). Según Žižek, el multiculturalismo normativo –con sus rencillas, tanto en el nivel teórico como político, entre liberales, comunitaristas, defensores de las políticas del reconocimiento, fundamentalistas, etc.–⁶ supone no sólo un desplazamiento de la atención desde cuestiones estructurales hacia cuestiones meramente culturales sino que es, de hecho, el cascarón ideológico de la despolitización actual de la economía. Según Žižek, «toda esa proliferación de nuevas formas políticas en torno a cuestiones particulares (derechos de los gays, ecología, minorías étnicas...), toda esa incesante actividad de las identidades fluidas y mutables, de la construcción de múltiples coaliciones *ad hoc*, etc.: todo eso tiene algo de falso y se acaba pareciendo al neurótico obsesivo que habla sin parar y se agita continuamente precisamente para asegurarse que algo –*lo que de verdad importa*– no se manifieste» (111).

Lo que de verdad importa son, como habrán adivinado, las relaciones de producción en el capitalismo avanzado. Parece claro, pues, que quien acepte la teoría marxista de la determinación económica de la superestructura no se sorprenderá ante la tesis de Žižek y, de hecho, es muy probable que la considere esencialmente trivial. Incluso socialdemócratas de viejo cuño como Brian Barry o Vicenç Navarro han sostenido, durante los últimos años, ideas similares. En un artículo reciente sobre el «choque» y la «alianza de civilizaciones», Navarro sostenía que «el problema de ambas interpretaciones (...) es que asumen que ambas civilizaciones [la cristiana y la musulmana] han estado en conflicto en los últimos cincuenta años. En realidad, un análisis político e histórico de ambas civilizaciones muestra que dirigentes políticos, intelectuales, culturales y religiosos de ambas civilizaciones han colaborado intensamente, presentando una alianza de civilizaciones en contra de un enemigo común: las fuerzas progresistas de carácter laico, bien fueran éstas socialistas, comunistas o nacionalistas árabes laicas, que representaban una amenaza de clase que aquella alianza de civilizaciones defendía. Tal alianza de

⁶ Véanse, a modo de ejemplo, los recientes informes del *think tank* conservador británico Policy Exchange y la Agencia Europea sobre Derechos Fundamentales sobre «fundamentalismo musulmán» e «islamofobia», respectivamente.

civilizaciones era, en realidad, una alianza de clases y de grupos dominantes en ambas civilizaciones (...) El gran reto para las fuerzas conservadoras era cómo eliminar aquella amenaza, desmovilizando políticamente a las masas musulmanas, *sustituyendo tal movilización por una movilización multclasista de carácter religioso*».⁷

Y en la que sin duda es la crítica teórica más articulada al liberalismo multicultural –*Culture and Equality*– Brian Barry sostiene un punto de vista similar: «la proliferación de intereses especiales fomentada por el multiculturalismo conduce a una política de “divide y gobierna” que sólo puede beneficiar a aquellos que más se aprovechan del statu quo. No existe mejor forma de cortarle el paso a la pesadilla de la acción política unificada de los desfavorecidos económicamente que podría conducir a demandas comunes que el enfrentar a los diferentes grupos de desfavorecidos unos contra otros. El distraer la atención de las desventajas compartidas, tales como el desempleo, la pobreza, la baja calidad de la vivienda y los servicios públicos inadecuados, es un claro objetivo anti-igualitario a largo plazo. Todo lo que pueda poner el énfasis en la particularidad de los problemas de cada grupo en detrimento de centrar la atención en los problemas que comparten con otros es, por lo tanto, bienvenido».⁸

Obviamente, esto no significa que el argumento de Žižek pueda asimilarse al de un rawlsiano como Barry. Pero éste es un punto en el que, creo yo, bien podrían estar de acuerdo. Ahora bien, ¿de qué modo una noción ideológica como ésta alcanza a convertirse en hegemónica? Los primeros capítulos de *EDI* están precisamente destinados a responder a esta pregunta. Según Žižek, la batalla por la hegemonía es la batalla por apoderarse de «lo típico», de aquellas ideas que suscitan quórum dentro de la sociedad civil. Así, «las ideas dominantes no son *nunca* directamente las ideas de la clase dominante» (21), sino aquellas que, siendo tópicos, son empleadas de manera exitosa para sus intereses por la clase dominante. Un ejemplo: el intento de identificar el aborto, por parte del *lobby* antiabortista Moral Majority, con el perfil de la profesional de éxito, sexualmente promiscua y que prioriza su

⁷ Navarro, V. «¿Conflicto o alianza de civilizaciones?», en *Le monde diplomatique*, ed. española, marzo 2007, p. 26, cursiva mía.

⁸ Barry, B. *Culture and Equality. An Egalitarian Critique of Multiculturalism*, Cambridge, Polity Press, 2001, pp. 11-2. Para la formulación más elaborada del liberalismo multicultural, véase Kymlicka, W. *Ciudadanía multicultural*, trad. C. Castells, Barcelona, Paidós, 1996 [1995].

carrera profesional antes que la «vocación natural» de ser madre a pesar de que, como señala Žižek, los datos indiquen que la mayoría de los abortos se dan en familias numerosas de clase baja (14). Según Žižek, una idea como ésta se convierte en hegemónica, por tanto, cuando presenta dos componentes: (i) un contenido auténtico, tópico, y (ii) el uso ideológicamente exitoso del mismo. «Si tenemos presente esta paradoja, podremos evitar esa trampa del liberalismo multiculturalista que consiste en condenar como “protofascista” cualquier idea de retorno a unos vínculos orgánicos (étnicos o de otro tipo). Lo que caracteriza al fascismo es más bien una *combinación específica* de corporativismo organicista y de pulsión hacia una modernidad desenfrenada» (21-2, cursiva mía).⁹

Pues bien, de acuerdo con esto, la tolerancia multicultural sería la forma ideológica paradigmática de una forma específica de negación de lo político característica de lo que Žižek denomina como «post-política», esto es, la negación del conflicto inherente al modo de producción capitalista o, hablando en plata, la negación de la lucha de clases. De acuerdo con la definición de Žižek, la post-política se caracterizaría por el abandono de la vieja distinción de clases llevado a cabo por la tercera vía de Blair o el *Neue Mitte* de Schröder y que aceptaría el modelo de producción capitalista como marco incuestionable –es decir, despolitizado– en el que discutir sobre ideas en base a un criterio de eficacia: «(...) el verdadero acto político [en cambio] no es simplemente cualquier cosa que funcione en el contexto de las relaciones existentes, sino precisamente aquello que modifica el contexto que determina el funcionamiento de las cosas. Sostener que las buenas ideas son “las que funcionan” significa aceptar de antemano la constelación (el capitalismo global) que establece qué puede funcionar (por ejemplo, gastar demasiado en educación o sanidad “no funciona”, porque se entorpecen las condiciones de la ganancia capitalista)» (32-3).

Cuando uno lee una descripción así de la sociedad «post-política» tiende a pensar en la función que las instituciones contramayoritarias (tribunales constitucionales, bancos centrales, etc.) cumplen en la demarcación de ciertos «cotos vedados» –por emplear la expresión del jurista Ernesto Garzón Valdés– a la toma de decisiones democrática,

⁹ Idea excelentemente expresada en la definición que Goebbels dio del fascismo como «romanticismo de acero».

esto es, en la *despolitización* de ciertos ámbitos de decisión. (Esta era de hecho la idea que tenía en mente el primer defensor de la revisión judicial de las leyes, el federalista Alexander Hamilton: el apuntalamiento de los derechos de propiedad de la élite financiera frente al creciente poder de las asambleas legislativas en los EE UU). Y en la crítica demoledora que actualmente realizan Jeremy Waldron o Roberto Gargarella de dichas instituciones.¹⁰ Sin embargo, Žižek no parece dispuesto a plantearse estas disquisiciones. Una verdadera lástima porque, de hecho, el autor esloveno no tiene problemas en apelar a la herencia europea y a sus revoluciones democráticas como revulsivo ante el horizonte post-político –su último libro es una introducción a una colección de textos de Robespierre–:¹¹ «¿Es posible imaginarse una apropiación de izquierdas de la tradición política europea? Sí, es posible; si (...) identificamos el núcleo de esta tradición con el acto extraordinario de la subjetivación política democrática» (45). Ése es, en opinión de Žižek, el momento en el que lo que él denomina como «verdadera política» hace su aparición: el momento en que los excluidos se arrojan «el derecho fundamental a ser escuchados y reconocidos como iguales en la discusión» (27) y el propio marco económico es incluido en el orden del día de la toma democrática de decisiones.

Ahora bien, en este punto surge una perplejidad, puesto que Žižek especifica claramente que este proceso de «repolitización» se realiza no sólo violando el principio de neutralidad imparcial, sino que de hecho semejante neutralidad ni existe ni podría existir (65). Sin embargo, ¿qué es un proceso en el que se da voz a *todas* las partes y sobre *todas* las cuestiones que les afectan sino un ejemplo de implementación real del principio de *neutralidad*? ¿No es acaso un gobierno que garantiza la participación en pie de igualdad de *todos* los ciudadanos –y en este punto hay que recordar que lo que a Žižek le interesa es principalmente el problema del orden gubernamental en el marco del estado fuerte que él ve como necesario–¹² y que se encarga de que *todas* las cuestiones que les afectan sean incluidas en la toma de decisiones –expropiaciones mediante, cuando resultara necesario– un

¹⁰ Véanse Waldron, J. *Derecho y desacuerdos*, Madrid, Marcial Pons, 2005 [1999] y Gargarella, R. *La justicia frente al gobierno*, Barcelona, Ariel, 1996.

¹¹ Žižek, S. *Virtue and Terror*, Londres, Verso, 2007.

¹² Véase Arribas, S. y H. Rouse, «El capitalismo, estúpidos, el capitalismo. Entrevista con Slavoj Žižek», en *Rebelión*, 2007.

gobierno precisamente *imparcial*? Como ha señalado Antoni Domènech, «el origen histórico (...) de la pretensión de neutralidad de los Estados europeos modernos no es tanto (...) la decisión, por parte de las autoridades públicas, de “abstenerse de intervenir” o “de interferir” (...), cuanto la enérgica decisión de “intervenir activamente” en la vida social para destruir, en su misma raíz económica e institucional, a las grandes esferas de poderes privados – llámense Iglesia católica, Iglesia anglicana, IG-Farben, ITT, consorcio mediático Murdoch, Monsanto o Texas Oil– que pretendan disputar con posibilidades de éxito a la República (...) el derecho a definir lo que sea el bien público». ¹³ Es decir, precisamente lo que Žižek estaría reclamando como «verdadera política».

Pues bien, ¿qué función juegan las reivindicaciones identitarias en este proceso de reactivación de la política? Según Žižek, una función perfectamente legitimadora del statu quo económico: «La política identitaria postmoderna de los estilos de vida particulares (étnicos, sexuales, etc.) se adapta perfectamente a la idea de la sociedad despolitizada, de esa sociedad que “tiene en cuenta” a cada grupo y le confiere su propio estatus (de víctima) en virtud de las discriminaciones positivas y de otras medidas *ad hoc*» (46).

Como comentaba más arriba, quienes acepten de entrada la teoría marxista de la base-superestructura no hallarán mucha novedad a este respecto en *EDI*. No parece, sin embargo, que haya muchos que estén dispuestos, al menos actualmente, a aceptar esta teoría en su formulación más fuerte de que *todos* los fenómenos políticos y culturales en las sociedades de clases pueden ser explicados en referencia a la organización económica de las mismas. El marxista analítico Jon Elster, por ejemplo, lo ha expresado con gran rotundidad: «La teoría de la base-superestructura (...) lejos de ser una verdad trivial es falsable y, de hecho, falsa. Los fenómenos políticos e intelectuales tienen un considerable grado de autonomía». ¹⁴

Las fallas de la teoría en el nivel explicativo no justificarían, en cualquier caso, el abandono, en el paso al nivel normativo, de las cuestiones económicas que durante las últimas décadas ha llevado a cabo una parte considerable de la llamada izquierda cultural. El

¹³ Domènech, A. *El eclipse de la fraternidad*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 256-7.

¹⁴ Elster, J., *Una introducción a Karl Marx*, trad. M. García, Madrid, Siglo XXI, 1991 [1986], p. 118.

interés del libro está, creo yo, precisamente ahí: en el debate que éste pueda suscitar en relación a autores afines a Žižek en su crítica al liberalismo y que, no obstante, han abandonado el interés por las cuestiones estructurales para defender políticas abiertamente identitarias. Éste es un punto en el que, en cualquier caso, el propio Žižek se muestra ambiguo, ante la posible acusación de reduccionismo económico presentada, de hecho, por Ernesto Laclau.¹⁵ Quizá sea por ello que en *EDI* Žižek termine por incorporar un comentario mucho más indulgente y conciliador como éste: «Sin duda, hay que reconocer el importante impacto liberador de la politización postmoderna en ámbitos hasta entonces considerados apolíticos (...) No se trata, por tanto, de minusvalorar estos desarrollos para anteponerles alguna nueva versión de esencialismo económico; el problema radica en que la despolitización de la economía favorece a la derecha populista con su ideología de la mayoría moral y constituye en principal impedimento para que se realicen esas reivindicaciones (...) En definitiva, se trata de promover “el retorno a la primacía de la economía” pero no en perjuicio de las reivindicaciones planteadas por las formas postmodernas de politización sino, precisamente, para crear las condiciones que permitan la realización más eficaz de esas reivindicaciones» (69-70).

Iñigo González
Seminario de Filosofía Política
Universitat de Barcelona

¹⁵ Véase la discusión entre Laclau y Žižek en Butler, J., E. Laclau y S. Žižek, *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left*, Londres, Verso, 2000.